

VIÑETAS DE ATACAMA.—

COPIAPO, CIUDAD SIN COPIAPINOS

[ESTA CIUDAD DE COPIAPO, aplastada por el peso de su historia, se extiende, encerrada entre montañas pétreas, calvas, hostiles, sobre la grada de los aluviones, bajo las predicciones del padre negro, el encanto embrujado de los derroteros y el dogal de la tragedia. Como si éste fuera poco, carece de copiapinos.

Creeis que me burlo. No, señores: es la verdad. Cierto es que quedan algunos. Mandiola, Igualt, Rozas y otros; pero no son suficientes. Uno sale a la calle y mira el caleidoscopio ciudadano; le presentan a un señor y le pregunta:

—¿Es Ud. copiapino?

—No, estoy aquí desde hace algunos años. Vine por negocios.

Esa linda morecha de andares mareantes, que clava unos ojos de estilete, es santiaguina. Vino porque oyó decir que había oro. Esa otra rubia es yugoeslava y trabaja con su marido, de la misma raza; y la otra, airosa y de gran prestancia es porteña. Y, así, hombres y mujeres han llegado de otras tierras. Hasta las caras parecen querer esconderse. Cada aluvión las sepulta un poco; van quedando chatas y un día desaparecerán. Entonces los copiapinos edificarán otra ciudad encima de las ruinas.

Hasta los nombres de las calles son prestados: Maipú, Hierbas Buenas, Talcahuano... Como si Copiapó no hubiera tenido hombres notables, no solamente para poner sus nombres en sus calles, sino en muchas de Chile. La calle de Chañarillo, que debería ser respetada, da asilo a las casas de tolerancia. Hasta los diarios salen de noche, como si acecharan, como si no se aliviaran a presentarse a la luz del día.

He debido contar yo anécdotas notables de sus antecesores a varias personas de Copiapó.

Una de ellas me dice:

—En Copiapó no hay copiapinos. Se vive aquí tan encerrado que los hombres emprendedores se alejan en pos de nuevos y más altos horizontes.

—¿Pero todos los mineros deben ser copiapinos?

—No, hay hasta chinos que trabajan bien y se enriquecen. Vienen de todas partes. Son los extraños los que aquí hacen fortuna.

Hay una honda nostalgia en estas palabras. En Copiapó quedan sólo historias que ya—desgraciadamente—se van olvidando. Copiapó es víctima de dos clases de aluviones: de los que inundan periódicamente las quebradas, y de los del olvido de sus hijos, que han dejado apoderarse del solar de sus mayores al que lo ha deseado.

Si alguien pusiere un aviso para algo bueno, un aviso que dijera: "Copiapinos se necesitan", seguramente, para obtener éxito tendría que ponerlo en Santiago...

A. ACEVEDO HERNANDEZ.

Copiapó, junio de 1938